

Canto a Villaviciosa

P O E M A

I

EL ¡ADIÓS! DE LA MONTAÑA

¡Oh villa de plata,
la de las divinas auras aromadas!
¿por qué sabes tanto
cautivar mi vida y regalar mi alma?

Yo sé que eres santa,
yo sé que eres buena,
yo sé que eres gala
de mil tradiciones, ungidas de fama.

Yo sueño contigo,
cual sueña el que ama
a bella princesa vestida de tules,
tocada de perlas
y llena de risas, amores y gracia.

En las tardes de célico aroma
cuando el céfiro trémulo canta,
cuando el cielo se torna cobalto
refulge y se apaga,
cuando fétrico brilla el ocaso
en iris y malva,
al sonar de las Animas tristes
tus grises campanas,
yo me postro en la cumbre de hinojos
y miro tus galas,
y escucho sonatas sin nombres....
correr de fontanas....
y silentes divinas canciones
de Amor y Esperanza.

Así en el monte a mi pueblo decía,
así poeta a mi pueblo cantaba
una tarde perdida en los tiempos
de feliz infancia.

Y pensando que acaso muy pronto,
¡ay! lucharía, por tierras lejanas,
se tuvieron mis ojos en llanto
de amor a la Patria.

Y, entonces al Cielo
elevé mis más tiernas miradas,
y en lentos suspiros,
musité, yo no sé qué plegaria,
salida del fondo
de un lugar escondido del alma.

Y las luces del éter fulgían....
la Luna era nácar,
y perdida del cielo en la bruma
un ave volaba....

II

LA EVOCACIÓN

Muchos años después en tierra extraña
al recordar de aquel lejano día,
llevé hacia el cielo la plegaria mía
y dije añorando, el rincón de España:

Vanos sueños infantiles
Insondables fantasías,
Vuelos de lejanos días,
Albos recuerdos gentiles.

Volad, volad con primores
Iniciando mi consuelo,
Llegad hasta el patrio suelo
A ofrendar los mis amores.
Volved luego presurosos
Irisados de belleza,
Cual sus cetros de grandeza....
Imprecisos y amorosos.
Oid todos sus cantares
Saludad a sus mujeres,
Ayl decíles mis querereres

Herolsmos y pesares.
En sus campos de verdor
Reinan tonos del armiso,
Mis memorias cuando niño
Odas de luz y color,
Saludad, pues, con cariño
Al pueblín de mi amor.

III

RETORNO

Ya por fin soy feliz, otra vez baña,
la luz de la tierrina mis pupilas;
ya escucho el retintín de las esquilas
cuando las vacas van a la cabaña.

Ya recuerdo el ¡adiós! de la montaña,
ya oigo el cantar de «xanas» y sibilas,
ya en las tardes de siega tan tranquilas,
veo recio gañán ir con guadaña.

Ya una oración dejé en el Camposanto,
el huertín de las tumbas y los nombres
que doliente miré preso de llanto;
¡Oh! También fui al rincón de las hueseras....
jese último recinto de los hombres!
donde miré con temor.... ¡¡las calaveras!!